

“Estado fallido. Teatro Ojo”

(This pdf version contains no images. For the original article go to
<http://web.calstatela.edu/misc/karpa/KARPA8a/Site%20Folder/suarez.html>)

Rodolfo Suárez Molnar

Universidad Autónoma Metropolitana – Cuajimalpa

Resumen:

Es prácticamente imposible pensar hoy a las sociedades sin pasar por las categorías de memoria y olvido.

Por múltiples razones, desde el control estatal y hasta la propia dinámica social, lo que se recuerda y olvida, lo que conserva y lo que se extingue, oculta o suprime, han evidenciado la dimensión política de estas categorías; su lugar en la comprensión del presente y en nuestra reacción frente a sus elementos más abominables. Se trata, sin duda, de la construcción de una nueva forma de la historicidad ante la que el arte no se ha mantenido al margen. En este contexto, el ensayo es un constreñido análisis de las acciones que el grupo Teatro Ojo ha realizado en el marco del proyecto *Estado Fallido*, con la idea de evidenciar en su trabajo una forma del tratamiento de los materiales mnémicos cuya virtud radica en la instauración del olvido mediante el recuerdo.

Palabras clave:

Teatro ojo - Estado Fallido - Memoria - Olvido

Abstract:

It is virtually impossible to think of societies without going through the categories of memory and forgetfulness. For multiple reasons, from state control and even to social dynamics, what is remembered and forgotten, preserved, extinguished, hidden or suppressed, makes evident the political dimension of these categories; its place for understanding the present and in regards to our reaction to its most abominable elements. There is no doubt: we are dealing with the construction of a new form of historicity to which art has responded.

In this context, this text is an analysis of the project *Estado Fallido* (Teatro Ojo -México), with the aim of showing their work as a form of dealing with mnemonic materials whose main virtue is establishing oblivion through remembrance.

Keywords:

Teatro ojo - Estado Fallido – Memory - Oblivion

1.- Lo que se ve desde aquí

Con una grosera e incompleta clasificación, es posible distinguir al menos dos estrategias de entre las muchas que sin duda componen el proyecto *Estado fallido*, pero a las que con la misma seguridad mi ignorancia debe haber pasado por alto.

Por un lado, vemos aparecer textos o, más correctamente, discursos que se presentan mediante artilugios que apenas si es posible distinguir de eso que llamamos realidad a secas. Por acá unos voceros, por allá un automóvil con megáfonos prácticamente idénticos a los que en los barrios anuncian un circo, la compra de fierro viejo o la edición vespertina de los pocos diarios que aún la emiten, mientras tanto, de este lado, aparecen otros con una mochila al hombro que, salvo por lo nuevecita que

está, es casi indistinguible de las que se usan para anunciar los discos apócrifos que se venden en el metro.

Pero de aquellas bocinas no sale el audio de los últimos o los primeros éxitos de Shakira o los Tigres del Norte. En su lugar, los voceros dan lectura al parte oficial de la muerte del Generalísimo Emiliano Zapata, en los otros aparatos suenan textos de Poe, de Brecht y hasta un anuncio de una afamada tienda departamental, el Palacio de Hierro, que seguramente nunca quiso verse en esas circunstancias. Para cerrar con broche de oro, de algún megáfono sale una voz que repite, como en un eterno retorno, aquello de que “el mundo vive de sí mismo, sus alimentos son su excremento”. El tono, hay que decirlo, hace aún más verosímil la tesis nietzscheana.

Sin querer llevar muy lejos el símil, los dispositivos me hacen recordar una escena de *El lado oscuro del corazón*, aquella en la que Oliverio sale a la calle a pedir limosna recitando poesía y, después, sólo ordenando armónicamente palabras. Como bien se lee en el letrero que invita a cruzar el puente, más que espectadores lo que hay allí son transeúntes. Reducidos a esa condición, los testigos apenas si podrán darse cuenta del contenido de los discursos, sea porque la casi absoluta mimetización de la acción deja prácticamente intocada la realidad, o sea porque el desconocimiento o lo episódico de la escucha reduce la significatividad que el discurso pudiera tener.

Desde luego que no todos los dispositivos son tan sutiles en su intervención. Rodear con trazas de gis a vendedores y clientes, o invitar a detener el tiempo disparando a relojes de juguete, parece un tanto más agresivo en lo que al entrometimiento con la realidad se refiere. Sin embargo, el espíritu lúdico de ambos mecanismos reduce con mucho el impacto para con quienes han sido tocados por él.

Hay, además de estos, otra serie de dispositivos o estrategias que parecerían ir incluso en el sentido contrario. Y es que, si los primeros se encaminan a la presentación de discursos fuera de contexto, los otros exhiben objetos o acciones plenamente arraigadas y, por ende, contextualizadas en el sitio en que se presentan. Tal es el caso, por ejemplo, de la exhibición futbolística en el “Multifamiliar Juárez” o “Respiradero”.

En ambas acciones, la escenificación es mucho más clara y evidente. Sin llegar, por supuesto, hasta lo estrictamente actoral, las acciones tienen la suficiente artificialidad como para gestar espectadores (y por ende, espectáculo) propiamente dichos. Así, el testigo esta vez no tiene otra posibilidad para serlo que la de detener su paso, dejar el tránsito e instalarse. Lo que presenciara, sin embargo, es tan insignificante como aquello que apareció ante quienes, literalmente, han visto pasar frente así las otras acciones. En este caso, la insignificancia no se deriva del probable desconocimiento del contenido que se transmite. De hecho, es seguro que casi todos los asistentes al multifamiliar hayan reconocido buena parte de los discursos que allí se reprodujeron. Pero aún así, quién podría recordar, en la estricta etimología de la palabra, aquello que vincula al espectáculo con el sitio en que se presenta.

La cuestión poco o nada adelanta si se le informa al espectador que aquí estuvo algún día el estadio nacional o que allá nació y creció el autor cuyas imágenes infantiles se exponen. La raigambre, los fortísimos vínculos entre lo que se ve y donde se pisa, no pertenecen a la memoria viva, ni siquiera a la memoria muerta de quien presencia la acción. Es así que, independientemente de la cantidad de piezas de las que se disponga,

siempre habrá al menos una faltante, una de la que no se pueda estar en posesión y por la cual la imagen queda condenada a la incompletitud.

Atrás, al inicio de este texto, he reconocido ya que la clasificación es un tanto insulsa, así que lo mejor es no perder tiempo criticándola o defendiéndola. Yo mismo soy capaz de encontrar más de un caso en que ambas categorías se superponen o no atrapan cabalmente aquello que pretenden, violando así el mínimo que toda clasificación debe respetar.

El entorno mismo de la acción en el multifamiliar Juárez es sumamente confuso sobre lo que estaba y lo que se ha puesto. De inmediato, surge la duda respecto a si es parte de la escenificación o si en realidad ha sido Nike quien en otro momento y lugar nos ha convocado a defender nuestro legado y escribir el futuro; a ello, se suma la consiguiente confusión de estas frases con aquella otra y eterna del benemérito de América, que por supuesto reconocemos, pero que tampoco sabemos si ha sido puesta allí por quienes intervienen el espacio. Los elementos, insisto, nos son familiares, tanto como la foto de Zapata asesinado que cubre las cajas transportadas por los diablos, pero la situación apenas permite distinguir entre lo que era real antes de la intervención y lo que se ha vuelto tal después de ella.

Pero permítaseme insistir en la invalidez de la separación, en que lo de menos es esclarecer si al tomarnos una foto frente a las caballerizas de Zapata, montados sobre caballitos idénticos a los que aparecen en nuestros retratos infantiles, lo que ocurre es la aparición de un objeto profundamente significativo que se pierde al descontextualizarse en una situación familiar, o si de lo que se trata es de la significación de ese espacio olvidado gestada por el hecho de nombrarlo. En todo caso, lo que verdaderamente importa es señalar la forma en que ambas estrategias se unen como si conformaran un continuo del que cada una es un extremo.

2.- Poner nada en ningún lado

Acentuar, e incluso gestar la insignificancia de lo significativo se me aparece como una de las características principales de los distintos mecanismos y acciones involucrados en el proyecto. Pienso en aquella mujer que espera el cambio de luces del semáforo, y que en el interin sólo alcanza a escuchar una parte de un discurso que muy probablemente le sea tan desconocido como interesante, un hombre que de reojo ha visto pasar la última foto de Zapata en una situación tal que difícilmente podrá estar seguro de haberlo visto allí, en un peatón que ha detenido su paso para mirar a un niño columpiándose en el lugar, pero sólo el lugar, en que le cuentan creció, o en mí mismo yendo a la cancha de fútbol por la que he pasado cientos de veces, casi diario, y ante la que me detengo para descubrir que la pared insiste en aquello del “respeto al derecho ajeno”, y para advertir, no sin asombro, que los grafiteros de la zona han decidido honrarla respetándola.

La extrañeza, la mía como la del resto, es apenas el principio de lo que cada uno de estos mecanismos provocan. Porque al atestiguarlos, no sólo nos ha tomado por sorpresa la sorpresa, sino que un algo o, para ser más preciso, una nada se nos ha ido metiendo, y se queda allí hasta germinar en un olvido de algo que jamás podría haber pertenecido a nuestra memoria. Lo digo de nuevo, en primera persona, con calma, casi en cámara lenta:

Pongo el disco con el video de la acción en el multifamiliar Juárez, el partido es apenas aceptable en lo estrictamente futbolístico pero aún me queda la sensatez de saber que en ello no reside su valor. Avanza la escena, poco a poco dejo de esperar el gol y me pierdo en el escenario, lo reconozco, paso a diario por allí, veo por primera vez el letrero de Nike y me parece una buena idea haberlo editado para hacerlo parte de la escena. Pero aún así me queda la duda de si fuera real. Detengo el video (al fin tengo esa posibilidad) y descubro asombrado que la campaña publicitaria existe, miro entonces la pared pintada con la frase de Juárez sobre la que he vuelto y revuelto tantas veces en este texto, sé que esa, si no es original, tampoco la han inventado para la ocasión, pero ya no sé quien la ha puesto allí. Voy al otro día al espacio y la encuentro, verla no me sirve, sólo su desaparición me habría dado algo de certeza sobre su origen. Regresemos al video. Una voz detiene el partido, los jugadores sacan de no sé dónde un reproductor musical. Se escuchan discursos, los he oído antes. Mi odio, el de siempre, se manifiesta al escucharlos. Reinicia el partido, la calidad del juego no sube pero en el recuerdo se ha instalado la imagen del sitio. Lo conocí antes del terremoto que se comió media ciudad de México; cada vez que paso por allí siento lo mismo, el vacío de aquellas noches, la pared de un edificio derrumbado en el que alguien ha escrito: “faltan tres”. Me asalta, ahora, la duda respecto al espacio, a la elección del espacio para llevar a cabo esta acción. No hace falta decir porqué es significativo, pero de allí a jugar fútbol donde otros han dejado la vida... Detengo el video y busco algo que lo resuelva de algún modo que no me lleve a pensar en la profanación. Encuentro un documento del propio grupo y leo que allí, además de un panteón, se edificó algún día el estadio nacional. La información resuelve mi duda, entiendo porqué el partido pero descubro, al mismo tiempo, mi grandísima ignorancia sobre el sitio que se me ha vuelto doblemente significativo, pero ante el cual no tengo nada que no sean esos datos, nada que me sirva para arraigar, ya no un recuerdo, sino mi olvido, el olvido de todos sobre lo que aquellas tierras han visto.

Vuelta esa nada olvido, quien a cuestas la lleva se convierte en aquel que sabe que no sabe, en el que perdió lo que nunca tuvo y que, justo por eso, quedará incapacitado para recuperarlo. Con esto solo sería suficiente para ganar dos veces dos bienales. Sin embargo, el proyecto tiene un valor extra cuando se piensa en las condiciones de un país, el mío, que sólo por el olvido se sostiene.

En efecto, hacer un hoyo en medio de algo, por ejemplo, en la memoria, trae por consecuencia un hacer evidente la falta, un mostrar la significancia de la incompletitud. Pero venir a poner nada en ningún lado, hacer un hoyo en el vacío o poner un olvido en medio de tantos otros debe juzgarse con parámetros distintos.

Buscando la explicación de lo que allí ocurre, fue la memoria misma la que me llevo hasta aquella página en la que Ortega explica el origen de las ciudades, y cuya perfección obliga a citarla in extenso:

“el caso es que la excavación y la arqueología nos permiten ver algo de lo que había en el suelo de Atenas y de Roma antes de que Atenas y Roma existiesen. Pero el tránsito de esta prehistoria puramente rural y sin carácter específico, al brote de la ciudad, fruta de nueva especie, queda el suelo de ambas penínsulas, queda arcano; ni siquiera está claro el nexos étnico entre aquellos pueblos protohistóricos y estas extrañas comunidades, que aportan al repertorio humano una gran innovación: la de construir una plaza pública y en torno una ciudad cerrada al campo. Porque, en efecto, la definición más acertada de lo que es la urbe y la polis, se parece mucho a la que

cómicamente se da del cañón: toma usted un agujero, lo rodea de un alambre muy apretado, y eso es un cañón. Pues lo mismo, la urbe o polis comienza por ser un hueco: el foro, el ágora; y todo lo demás es pretexto para asegurar ese hueco, para delimitar su dintorno. La polis no es primordialmente un conjunto de casas habitables, sino un lugar de ayuntamiento civil, un espacio acotado para funciones públicas. La urbe no está hecha, como la cabaña o el domus, para cobijarse de la intemperie y engendrar, que son menesteres privados y familiares, sino para discutir sobre la cosa pública. Nótese que esto significa nada menos que la invención de una nueva clase de espacio, mucho más nueva que el espacio de Einstein. Hasta entonces sólo existía un espacio: el campo, y en él se vivía con todas las consecuencias que eso trae para el ser del hombre. El hombre campesino es todavía un vegetal. Su existencia, cuanto piensa, siente y quiere, conserva la modorra inconsciente en que vive la planta. Las grandes civilizaciones asiáticas y africanas fueron en este sentido vegetaciones antropomorfas. Pero el grecorromano decide separarse del campo, de la “naturaleza” del cosmos geobotánico. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo puede el hombre retraerse del campo? ¡Dónde irá, si el campo es toda la tierra, si es lo ilimitado! Muy sencillo: limitando un trozo de campo mediante unos muros que opongan el espacio incluso y finito al espacio amorfo y sin fin. He aquí la plaza. No es, como la casa, un “interior” cerrado por arriba, igual que las cuevas que existen en el campo, sino que es pura y simplemente la negación del campo. La plaza, merced a los muros que la acotan, es un pedazo de campo que se vuelve de espaldas al resto, que prescinde del resto y se opone a él. Este campo menor y rebelde, que practica secesión del campo infinito y se reserva a sí mismo frente a él, es campo abolido y, por tanto, un espacio sui generis, novísimo, en que el hombre se liberta de toda comunidad con la planta y el animal, deja a estos fuera y crea un ámbito aparte puramente humano. Es el espacio civil. Por eso Sócrates, el gran urbano, triple extracto del jugo que rezuma la polis, dirá: “Yo no tengo que ver con los árboles en el campo; yo sólo tengo que ver con los hombres en la ciudad”.

Mutatis mutandis, poner olvido en el olvido no puede generar otra cosa que no sean actos mnémicos, memoraciones que, como las paredes y las casas de la ciudad, hagan del olvido justamente eso, un hueco, una falta en medio de donde ahora hay algo. Visto así, el resultado final es completamente otro, pues si la estrategia había sido la de evidenciar la insignificancia de lo significativo, el resultado es que por esa vía se ha manifestado la significatividad de lo insignificante.